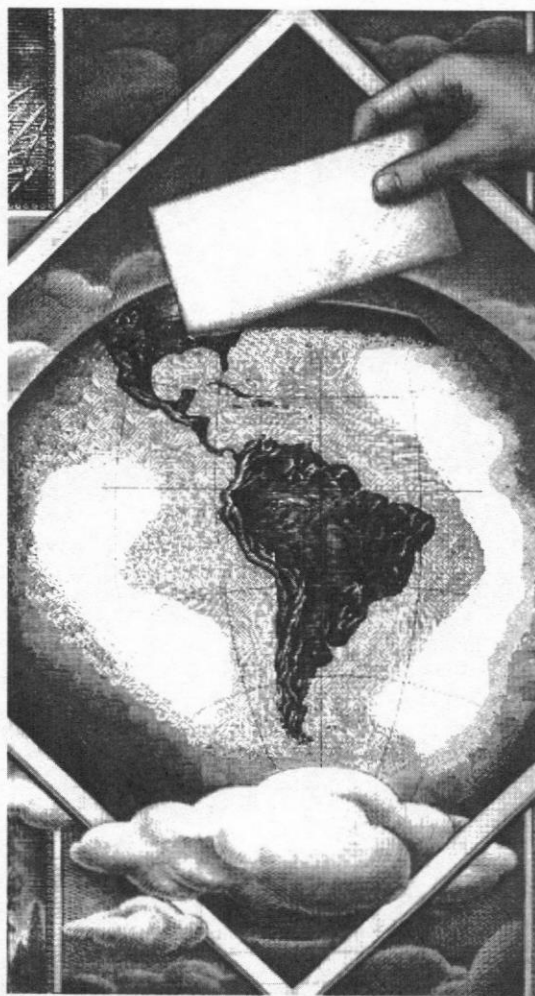


CIENCIA Y POLITICA



LA LITERATURA Y LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA*

En el principio fueron el verbo y el mito

Abramos estas nuevas páginas de nuestra historia en verso. Halagados por las seducciones de las palabras del poeta, dejémonos conducir por él a aquellos días de ilusiones, en que encontraba en su imaginación los colores más risueños para pintar y halagar a su querida Buenos Aires, a esa Esparta de ayer hoy convertida para sus ojos en una nueva Atenas [...] Hoy levanta su grandeza sobre los otros pueblos como la levanta el ciprés sobre los mimbres y asombra a las naciones mostrando a sus hermanos de América la senda que deben seguir si aspiran a que el Viejo Mundo los mire con respeto algún día.

- Juan María Gutiérrez, "Juan de la Cruz Varela"

Para la historiografía y para las letras argentinas, la revolución abarca un lapso de tiempo que va de 1810 a 1852, y el personaje más importante en el orden nacional es Rosas. Rosas es casi totalmente la historia y la literatura argentinas. Esta es fundamentalmente patriótica y política, y toma ambos caracteres genuinos que se constituyen en líneas largas de su diagrama y en

* Escritor y Poeta Argentino, pertenece a la generación que en la Argentina buscó la reivindicación de los valores culturales de esa región y la América Latina. Vivió los difíciles días de la primera etapa del peronismo, hostil a diversas expresiones de la inteligencia. Como escritor buscó desentrañar lo que su generación considera la autenticidad de la Argentina. Tal será el sentido de sus obras, Muerte y transfiguración de Martín Fierro, Cuadrante Pampero, Facundo y Radiografía de la Pampa. Vive un tiempo en México, en desacuerdo con el militarismo que asota a su patria; se traslada a Cuba, en donde colabora culturalmente con la Revolución. Allí escribe su Martí.

"idola" de su mentalidad, en cuanto debe ser vista, a mi juicio, como una ideología.¹ La patria, pues, no es la tierra ni el habitante sino un mito poético, es decir, una utopía, si es que no se la califica meramente con la voz toponímica que se toma del virreinato del Río de la Plata, y que las Provincias Unidas del Sur llaman Argentina.

Como mito o ideología patriótica mira al pasado, a los poetas de La lira argentina (1826); y como utopía, al porvenir, a lo que siempre estamos esperando encontrar y no hallamos. La presidencia de Bernardino Rivadavia (1826 - 1827) refuerza, con las campañas de San Martín, el *pathos* heroico. En cada uno de esos sentimientos se hipostasian, como es universal, elementos amorfos de superstición jurídica y religiosa; heroicos, económicos y educacionales.

La importancia que tiene el cultivo intensivo de ese tipo de literatura - patriótica patrocinado por el Estado en Rivadavia y Roca, - es que contribuye a cristalizar una "ideología" (véase Hans Barth: Verdad e ideología), un sentido altanero de la existencia, característico de nuestro hombre de la clase media. Creada esa literatura en los orígenes de la nacionalidad, con elementos de la psicología del conquistador, el libertador, el colono y el inmigrante, se reabsorbe, no como una literatura sino como alimento de su personalidad. Los versos del Himno: "Se levanta a la faz de la tierra / Una nueva y gloriosa nación"; "¡ Al gran pueblo argentino salud !", son la flor y el perfume de la psicología social del hombre que no tiene ideales ni fe. Adoptar esas vacuidades como credo promueve una psicosis, y éste es el *leitmotiv* de *Radiografía de la Pampa*. Tal es el homo argentino, que no teniendo un credo de principios adopta tácticas de la política militante, y supone que la solidaridad social se fomenta en las reuniones públicas como la fe en la misa. Del conocimiento de nuestra historia y de nuestra literatura no podrá jamás inferirse cómo somos; y éste ha sido un problema inquietante para los próceres

1 "He dicho que los dos más grandes poetas de la Revolución americana han evocado la tradición primitiva para fundar la justicia de la causa: el autor del Himno Nacional argentino y del 'Canto a la Victoria de Junín'." Joaquín V. González, "La tradición nacional"

hasta Sarmiento, quien en su última gran obra, *Conflictos y armonías de las razas en América*, se preguntaba si éramos argentinos, desde cuándo y hasta dónde.² Pero ya en 1880, según sus palabras melancólicas, era el último que gritaba todavía: ¡Abajo los godos!

El patriotismo de los poetas y estadistas, guerreros y misioneros de la revolución de 1810, invístese con las galas del nacionalismo, y desde entonces son términos anfibológicos. La definición de lo argentino o de lo nacional que dan Joaquín V. González -lo tradicional filogenético-, Leopoldo Lugones -lo gentilicio épico-lírico y la cultura- y Ricardo Rojas -lo heroico-histórico que se elabora entre 1810 y 1816-, exige capítulo aparte. Aunque no lo trate en este trabajo, debo advertir que sin fijar el sentido semántico de esos términos, no podrá entenderse la relación entre lo migratorio, - que reemplaza a lo mestizo - y lo nativo, en lo social y en lo político. Para la tesis de este trabajo debo crear una definición *ad hoc*: *nacional* es lo que refleja la literatura culta, de cenáculo; *patriótico* es lo que expresa la literatura popular, campesina (los viajeros y los gauchescos), repelida de las antologías y las crestomatías. La "argentinidad" de Rojas obedece filialmente al canon de Salón Literario. La nacionalidad de González obedece a la tradición provinciana; es el sentimiento más que la filosofía existencialista, ética y mística de la "hénide"³ de Otto Weininger. El patriotismo de Lugones es la raza y cultura grecolatinas traídas e inoculadas por la España militar y misionera.⁴ A mi parecer, puede decirse categóricamente que la literatura patriótica es nacional y no argentina. Básteme advertir que no encontraremos en ella nada de

2 "Patria... es, para Funes, la ciudad nativa; para Moreno, el virreinato; para Gorriti, las provincias Unidas; para Monteagudo, toda la América." Ricardo Rojas, *La argentinidad*

3 Según Reyes (*El deslinde*) coincidentalmente: "Hay, así, aquel intento de lo literario difuso, casi rebelde a todo análisis, anterior al pensar aún en el sentido más lato y cartesiano del 'cogito'".

4 Sic: "Así se cumple con la civilización y con la patria... Ejercitándose en la belleza y en la libertad, que son, para nuestra raza, los móviles de la vida heroica, porque vemos en ella el estado permanente de una humanidad superior. Luchando sin descanso hasta la muerte porque la vida quieta no es tal vida, sino hueco y sombra de agujero abierto sin causa, que luego toman por madriguera las víboras." Leopoldo Lugones, *El payador*.

lo nacional característico que en la literatura española aportan desde Lope de Rueda, Virués, Timoneda y Lope de Vega hasta Quevedo y Calderón a través del *Lazarillo* y la *Celestina*. Esta literatura patriótica de la nacionalidad que, empero, alude por lo menos al pueblo, se gesta y traumatiza con los poetas que celebran la reconquista de Buenos Aires en 1806 y 1807. Rivadavia dispone que se recopilen en libro esas canciones; se recolectan en 1824 - en París - y se publican en 1826 con el título que ya he indicado. Ahí está nuestra literatura, puedo decir patristica. La revolución no tuvo canciones populares del tipo de las de Béranger en la francesa -excepto las de Rivarola e Hidalgo- sino composiciones académicas escritas en papel timbrado. Las odas no llegaban al pueblo porque no eran del pueblo ni para él; eran para el gobierno y el Estado argentinos. Como dice Gide:

"El único género lírico verdaderamente popular es la canción; la canción cantada. Muchas de nuestras viejas canciones, especialmente las anónimas, son exquisitas; en ellas se reconoce a Francia, prudente y audaz a la vez, ferviente, a menudo grave, pero sobre todo y de buena gana, sonriente, siempre dispuesta a la burla y suavemente irónica en su ternura".

De la poesía popular argentina ¿se puede colegir nuestra índole?, ¿y acaso más de la áulica y profesional, que es la culta?, ¿o de la de los cantones de pulpería?

Los orígenes de ese sentimiento patriótico nuevo en toda la historia de la Colonia, hállese en el triunfo de la población porteña, y se reafirma, también con cariz acentuadamente metropolitano, amplificándolo, en la Independencia condicional de 1810. Al repudio del inglés ahora sucede el del español, el "godo", casi con las mismas palabras, el mismo énfasis y las misma métrica. Se confunden, pues, el sentimiento colonial hispanoamericano, que defiende a esta tierra como propiedad de la Corona, y el de la independencia popular republicana; equívoco que se mantiene a través de toda la historia argentina y de su cultura. Al cantarse la gloria de las armas en la *Defensa* a la par se celebraba a los jefes militares, al cabildo, a los regimientos. Estos son los títulos de algunas composiciones: "Al Excmo. Cabildo", "Al cumpleaños del Gobierno", Al Superior

Gobierno de las Provincias del Rio de la Plata", "A la Municipalidad de Buenos Aires y al General don José de San Martín", "A la Desunión".⁵ Es sobre todo en las manos diestrisimas de Esteban de Luca (1786-1824) y de Juan Cruz Varela (1794-1839) que imperará, la literatura palaciega, hasta la caída de Rivadavia (1827), en los géneros literarios, alternada con el teatro neoclásico, donde se representaron la *Dido y la Argia*, tragedias a la manera de Alfieri, de Varela. Literatura marcada por el artificio y por la obsecuencia más que por el patriotismo, que creara un canon institucional para la historia, el ensayo, la novela y el teatro además de la poesía, y que llega en nuestros días hasta la que llamo Era del Fraude (1916-1959). Según ese canon patristico, serán taxativa o tácitamente espurias todas aquellas obras que en lo literario no se ajusten a la política de gobierno que rige otras actividades (Alberdi).

La producción bibliográfica y periodística con Rivadavia y Dorrego toma caracteres netamente argentinos, particularmente en la acción de gobierno, uno hacia la administración centralista y el otro hacia el régimen federal, popular y democrático. Con Rosas lo argentino se tiñe de un matiz hondamente colonial hispánico, no obstante lo cual despierta en las masas el auténtico sentimiento de lo genuinamente nuestro que rechazan luego y hasta hoy la política, la historia y las letras. Ambos sentimientos argentinos, que he puesto bajo la advocación de Rivadavia y Dorrego, condensados y complicados en Rosas, son, en efecto, patrióticos, nacionalistas, patricios y plebeyos, y tienen sus defensores en el ala derecha y en el ala izquierda de todas las manifestaciones de la vida nacional. Por eso, sin explicarnos bien Rosas no podemos explicarnos qué somos, de dónde venimos ni adónde vamos. Tampoco en la literatura, que es lo que aquí me importa.

Esa poesía patriótica, los himnos, las odas y las canciones,

5 Refiriéndose a la composición "Buenos Aires", que dedican a la patria los oficiales de la Secretaría del Soberano Congreso, con motivo de la batalla de Maipo, comenta Gutiérrez: "Si el poderío del vate pudiera igualar a su deseo, pediría armonías a Píndaro, a Horacio y al Mantuano, y subiéndolo al rutilante carro del sol derramaría por el universo la fama de las legiones vencedoras de Maipo."

cuya especie más eminente es el epicedio, es la bellota del frondoso árbol que ocupa casi todo el cuadro de la literatura del siglo (1816-1916), una de cuyas vigorosas y numerosas ramas alcanza hasta González, Rojas, Lujones, Rubén Darío ("Oda a Mitre" y "Canto a la Argentina"), Belisario Roldán, David Peña, Almafuerte, Francisco Luis Bernárdez, etc., contiene la esencia, en lo canónico y dogmático, de la cultura argentina toda o de sabor "tirteico y pindárico..." acuña a la patria con la imagen del Estado, a la república con la de la nación y al pueblo con la ciudadanía.⁶ El salón literario, en su otra misión social y política, adopta apenas retocado ese cuño con el que en adelante se amoneda el metal legítimo y, según mi terminología, el fraudulento del curso legal nacional. Lo impregna y colora todo, desde el panegírico y el relato hasta el panfleto y el ensayo, la égloga y el drama.⁷ Necesito aún perfilar un poco mejor la fisonomía de los dos fijadores de los *idola fori*: Luca y Varela. Me valdré de quienes lo han hecho complacidos en su mismo tenor y casi con sus mismas donosuras, porque yo no sabría hacerlo en el lenguaje de las Piérides. De don Esteban de Luca dice el doctor Roberto F. Giusti (*Las letras argentinas durante la Revolución*):

Anticipa, pues, esta proclama y llamamiento en fluidos versos, "Al pueblo de Buenos Aires", las profecías poéticas del porvenir argentino, que encontraron su voz más robusta en la "Atlántida" de Andrade y confirmación posterior, doliente, en el "Santos Vega" de Obligado y en la "Oda a los ganados y las mieses" de Lugones [...] Tenía Luca talento poético. Pero también entonces existía como ahora la literatura "comprometida". Por ella sobrevive su nombre en el parnaso patriótico [...] Estas y otras expresiones ponen un sello inconfundible en todos los cantos heroicos

6 El 1o de marzo de 1959 publicó *La Nación*, de Buenos Aires, un artículo titulado "Recapitulación de Buenos Aires", donde su autor, el escritor Fernando Elizalde, canta: "Ahora está aquí. la ciudad hoy, erguida hacia el mañana, con la certidumbre de un destino a cumplir, siempre más que nosotros, su hijos, porque es donde la voz de todos los argentinos ha de cobrar dimensión americana de universo. Esta es Buenos Aires, la que amamos, la destinada, la de todos".

7 "La literatura es la hermana de la espada: un elemento auxiliar de la guerra. Canta a sus héroes, consagra y eterniza sus glorias: es la cultura intelectual de las edades heroicas. En el Plata está ahogada la ciencia por la literatura. Su actividad intelectual presenta el cuadro de una escuela de retórica [...] Las consecuencias sociales de esta dirección dan a la cultura intelectual, en la exaltación y el entusiasmo de los espíritus, la exageración, la vanidad y el orgullo, que se ofende de la crítica y la contradicción en lo general de los hombres públicos que figuran en las letras, en la política, en la prensa, en las cosas de gobierno." Juan B. Alberdi, *Estudios enonómicos*, VIII, xi.

del poeta argentino. Al nombre de América él prefiere el de Columbia, Colombia o Continente Colombiano: "dulces son los incas", mientras el virrey español del Perú siempre es sarcásticamente calificado "el visir de Limas" [...] De Luca, que había celebrado en verso heroico, por disposición gubernamental, la entrada de San Martín en Lima, cantaba nuestras geórgicas en las páginas de "La Abeja". Pasó la guerra contra el bárbaro opresor... ahora... "se verá un nuevo imperio muy más durable, de mayor grandeza que el de Tiro y Cartago", si ellos abandonan el lujo corruptor y los placeres. "¡Oh, fuertes argentinos! - invoca el poeta -: Tanto mal evitad, abandonando / la ciudad populosa do mil plagas / se están en vuestro daño preparando: / a los campos corred..." Era el róseo idilio de la tierra.

De don Juan Cruz Varela dice el doctor Ricardo Rojas (*La literatura argentina*):

"Tal vez sus armas, entregadas hoy a las academias prusianas, harían sonreír, como sus versos, si fueran entregados a las academias españolas...El resto debíalo a su voluntad prometeana, puesto que se trataba de un libertador, y a su inspiración apolínea, puesto que se trataba de un poeta."

Pero el elogio Chimborazo, a Varela, lo hace su amigo y coetáneo Juan María Gutiérrez (1809-1878), el más sensato de nuestros críticos del siglo XIX:

Si puede decirse con verdad que el período heroico de la guerra argentina está consignado para siempre en nuestros fastos, "con versos de luz cantados en lira de oro", según la bella expresión de Lafinur, podemos también decir lo mismo con respecto a aquel otro período en que se acometió la empresa de encarnar en hechos sociales el triunfo material obtenido en los campos sangrientos de la Independencia... Esta segunda página, no menos gloriosa que la primera, está escrita casi exclusivamente por don Juan Cruz Varela bajo el influjo de una nueva inspiración... Canta entonces en honor de Buenos Aires, al bello sexo argentino, a la libertad de imprenta, a los trabajos emprendidos por orden del gobierno, a la Sociedad de Beneficencia, a la Sociedad Filarmónica, a la paz con España, etc., haciendo brotar la poesía de fuentes de él desconocidas (op.cit).

Sin embargo, Varela, usando el lenguaje de la época no había sacrificado hasta entonces sino el altar.. en el altar de las Gracias: el mirto adornaba su frente; pero todavía no brillaban sobre ella las llamas del fuego encendido en las sienes de los Tirteos argentinos que habían 'convocado al pueblo a la lid tremenda contra los tiranos'. Pero no estaba distante el día en que el patriotismo y la emulación habían de dotar a la lira de Varela de los tonos

heroicos que por entonces amaba el pueblo, que se agitaba palpitante de incertidumbre y de entusiasmo en medio del drama revolucionario. El Aníbal argentino, allanando las cumbres heladas... (*Ibidem.*)

La lectura del centón de *La lira argentina* da noción cabal de una exaltación en frío, retórica y fonética, en que el énfasis y la hipérbole hablan en un lenguaje muerto pero opulentamente amortajado; lengua que pudo fascinar al oyente, como las marchas militares, sin perdurar en su sensibilidad. Hacía muy poco tiempo que el argentino había dejado de ser español, no sabía cómo ni para qué, y estaba asegurándose en otras tierras desconocidas y lejanas su independencia.⁸

Eso es lo que se celebraba en las victorias de San Martín y Bolívar, Aníbal y Aquiles, si bien no era lo que se cantaba. Tan diferentes fueron una y otra concepción de las cosas, que cuando San Martín regresó vencedor, lo desterramos con alharaca de dicterios y silbidos. Lo mismo le pasó a Bolívar, y no quiero acusar a De Luca y a Olmedo de que hubieran creado de ellos una imagen mítica que no coincidía con su estatura humana: pero sí puedo acusar a esa especie de poesía, de literatura y de sensibilidad del hecho de que nuestra tierra, nuestros hombres y su biografía nos sean casi desconocidos; mejor dicho, que los hayan agigantado en bustos de yeso y terracota.

El patriotismo, sin otros incentivos que esa retórica que se predicó y aún se predica en las escuelas, las radios y la prensa como un catecismo, muy pronto se convirtió en un recitado mecánico al decaer en artefacto verbal; mas permaneció incólume en su grandilocuencia semántica, como hénide transferible y hereditaria. A ello aludieron en sus discursos los oradores del Salón Literario, con mayor acerbidad Gutiérrez y Echeverría, que habrían de ser

8 "La idea de la reconquista no nace en el cerebro de ninguna de las familias patricias o de los *hombres de clase* de la ciudad humillada. El espíritu militar está ausente de su pecho; Belgrano no pudo formar una compañía de caballería compuesta de jóvenes de comercio (Cé.Mitre) por la repulsión general que inspiraba el servicio de las armas. Cada uno se metió en su casa y la vida hubiera seguido deslizándose bajo el dominio de los ingleses como se deslizaba en la molicie de los españoles..." Francisco Ramos Mejía, "Las multitudes argentinas".

quienes, en verso y prosa el primero, y en verso el último, perpetuaran la ortofonética de Quintana, Gallego y Espronceda. No se perdió, sino que se convirtió en nacionalismo, es decir, en culto de la gloria.⁹ Alberdi lo ha visto y lo ha expresado en el lenguaje que me es grato, casi como en el tenor de este ensayo. Dice (*en Estudios económicos*):

Los laureles, la gloria, la muerte, eran objetos de culto en 1813, en que fue hecha la canción nacional (el Himno Argentino de V. López y Planes), y son hasta hoy los mismos en los sesenta años de existencia política que lleva el país. *Toda su literatura tiene por tema su canción nacional; y toda su sociedad marcha en la dirección de su literatura*: la gloria, las campanas heroicas, los laureles. La conferencia del 25 de mayo de 1877 es un apéndice de La lira argentina, compilación vieja de cantos guerreros [el subrayado es mío].

Contra estos dragones quisieron luchar los jóvenes del Salón Literario de Marcos Sastre (1809-1887). El patriotismo de Moreno, Monteagudo y Echeverría, (que lo toman conceptualmente de la Revolución francesa, su fuente de origen) consiste en lo que quieren que la Argentina sea; el de los proscritos: Sarmiento, Alberdi y Mitre, en lo que Argentina no es; el de los gobernantes - que ya no son escritores, ni argentinos revolucionarios, ni periodistas, ni oradores -, en lo que no importa qué sea.¹⁰ Los peores destructores de la nacionalidad fueron y son los que "pulsan la lira de oro", para decirlo en la lengua de la tribu, y cuanto más saqueadores y truhanes (en verso y en prosa) más jingoístas. En las letras ese tipo de patriotismo - nacionalismo - chauvinismo ha ocasionado un mal no menor, si no es el mismo: creó en la Era del Oropel (1880-1916) la ética y la estética del Tartufo, y en la del Fraude (1916-1959), la de los falsarios o habitantes del Octavo Círculo, como también los he llamado. Tendrán que pasar ciento cuarenta años hasta que oigamos decir a un escritor de responsabilidad: "Buenos Aires, en su totalidad, es una ciudad eminentemente cursi, cuando no es una ciudad

9 "La gloria echa raíces tan profundas que llega hasta el corazón de la tierra y se levanta a las nubes incontrastable como credo del Líbano." Esteban Echeverría, *Dogma socialista*.

10 "La patria para el correntino es Corrientes; para el cordobés, Córdoba; para el tucumano, Tucumán; para el porteño, Buenos Aires; para el gaucho, el pago en que nació." Echeverría, *Ojeada retrospectiva*.

enteramente grosera" (Patricio Canto: *El caso Ortega y Gasset*).

De la literatura historiográfica y psicosociológica

En diez años que llevamos / de nuestra revolución / por sacudir las cadenas /
de Fernando el balandrón / ¿qué ventaja hemos sacado? / Les diré con su
perdón: / Robarnos unos a otros, / aumentar la desunión, / querer todos
gobernar / y de facción en facción / andar sin saber que andamos; /
resultando en conclusión / que hasta el de paisano / parece de mal sabor...

- Bartolome Hidalgo: Diálogo patriótico interesante

El primer tabú historiográfico y literario es la Revolución de Mayo y la poesía "por encargo" del superior gobierno, que Rivadavia provoca, estimula y recompensa como uno de los más importantes capítulos de su gobierno. De ser un tabú, un asunto sagrado intocable, deriva el primero de los complejos que impregnan nuestra literatura y la entumescen.

De la revolución se ha escrito redundantemente para fijar los detalles cronológicos y topográficos; por ejemplo, para determinar el papel que asumió cada uno de los miembros del cabildo el 25 de mayo de 1810. Pero no sabemos qué fue ni qué significó socialmente ese acontecimiento, fuera de los recintos de las juntas y congresos. Porque así como no tenemos literatura, no tenemos historia; y la que en su lugar tenemos es elementalmente objetiva, es decir, que considera los hechos como tales y no los interpreta como síntomas y signos de una realidad profunda (Simmel, Spengler y Toynbee). Se ha tratado de averiguar qué dieron y qué hicieron las principales figuras - Moreno, Castelli, Paso, Rivadavia, Lue, Belgrano - y como no se las conjuga dialécticamente, se nos aparecen cada día más enigmáticas. No sabemos si San Martín y Belgrano eran monárquicos. Con más o menos las mismas razones se glorifica o vitupera. Mi opinión¹¹ coincide con lo que expresa Leopoldo Zea con respecto a Hispanoamérica:

11 *Radriografía de la Pampa.*

"Cada hispanoamericano no aspira a otra cosa que a ocupar el lugar que había dejado el conquistador. De dominado que era aspiraba a ser dominador de los más débiles. Los próceres de la nueva emancipación hispanoamericana se daban plena cuenta de este hecho y aspiraban a ponerle fin. La revolución de independencia, decían, ha sido animada, más que por espíritu de libertad, por el espíritu imperial hispánico. Ha sido una revolución política, se ha disputado todo el mundo, no ha sido una revolución social. Sólo se ha querido poner a un señor para quitar otro. Se ha arrancado el cetro a España, pero nos hemos quedado con su espíritu. Los congresos libertarios, los libertadores y guerreros de la emancipación política de Hispanoamérica no han hecho otra cosa que actuar de acuerdo con el espíritu que España les había impuesto. La lucha no ha sido entre América y España, sino entre España y España. Una España más joven, pero España al fin, es la que ha vencido a la vieja España. Nada ha cambiado, los mismos y ya viejos privilegios siguen en pie, los propios libertadores se han encargado de que así sea. Hispanoamérica sigue siendo una Colonia"
(*El pensamiento latinoamericano*)

En cuanto a la literatura, la revolución fija uno de los traumas que han de afeardar y empobrecer todos, casi todos los temas de las obras argentinas (excepto los Viajeros y los Gauchescos): es el patrimonio que, como generador de orgullo, vanidad y ceguera para comprender la verdad de nuestra vida, no tiene acaso sino un fiscal en el siglo pasado: Alberdi. En mi concepto no menos heterodoxo, constituye las "ídola tribus" del sistema superestructural de la cultura, esa "ideología" que a esta fecha se encuentra en su apogeo.

El primer falseamiento de las buenas relaciones de convivencia entre literatura y realidad que advirtieron Azorín y De Maeztu, y que en lo psicológico (evasión) notaron Ortega y Gasset y Keyserling, está dado por ese tipo de poesía patriótica, ensobribesida de triunfos que los ciudadanos de la metrópoli han recibido como don del cielo. El daño moral es incomparablemente superior al que ocasiona en las artes poéticas. Es que la revolución había sido un salto en frío - aunque en el ánimo de las gentes analfabetas se incubara largamente por el descontento -, súbito, que el historiador no acierta aún a explicar, porque le falta el conocimiento de esos materiales vivos y anónimos que constituyeron para Taine, v. gr., el fundamento documental (véase su obra *Orígenes de la Francia contemporánea*). Por lo

tanto, no era posible que suministrara sustancia para una nueva literatura bajo esas formas artificiosas y retóricas. Y tampoco que pudiera mantenerse en vigor más tiempo del que duraran las campañas libertadoras e institucionales, en los campos de batalla y en los congresos. Literatura circunstancial y transitoria que se quiso eternizar fundiéndola en el bronce de las frases hechas.

Era una toma exaltada y parcial de la realidad, una crisis: lo supo el soldado que al ser dado de baja o desertar se encontraba con que debía recomenzar su vida en condiciones más precarias que las de antes, y el campesino con su soledad. Era una revolución hecha por el pueblo para los patricios. Y lo mismo les ocurrió a sus comandantes y jefes, que al poco tiempo se vieron destituidos o desterrados. Así adivinó el gaucho, el mestizo o la gran población del país, que después de pelear contra el godó, en la frontera interna, tuvo que pelear contra el indio. Primer falseamiento del sentido de nuestra realidad - *pia fraus* - que está en la cultura que quiere innovar el Salón, sobre, y más que contra, lo que ya han realizado los panegiristas de la revolución. Es preciso considerar como punto de referencia y cotejo a Hidalgo (1788-1823), el "defensor de pobres y ausentes". Su asunto poético es el mismo del poeta culto patriótico, mas lo rebaja intencionalmente para que tenga contacto con la tierra, lo arrastra por ella para que vaya al pueblo y se mezcle a lo cotidiano que no cambiaba con las campañas militares. En este sentido, y comparativamente, es un escritor proletario que defiende al pueblo porque él es pueblo, y no porque sea político, religioso o militar, como todos sus abogados, para salvarlo. Lo ama, lo siente, habla su lenguaje, tiene sus defectos y sus limitaciones. Es un payador y no un aedo.

Inmediatamente tras él aparecen Echeverría, Sarmiento, Mármol, Ascasubi, Hernández, que afirman una realidad - la de *El matadero*, *Facundo*, *Amalia*, *Santos Vega* y *Martín Fierro* - que no reaparecen en nuestras poesías ni en nuestras formas comunes de prosa, periodismo, narración y teatro: el de una protesta y una vindicta. Los sucesores se entretienen en lo político - equivalente a

lo heroico -, en lo pintoresco - equivalente a lo natural -, en lo anecdótico y menudo - equivalente a lo histórico y social -. Esa poesía, esa forma de expresión realista, no estaba en la línea de la tradición literaria, a pesar del influjo de Larra, ni en la política: es una literatura de disidentes, disconformes, opositores.¹² Literatura insurreccional a la que da un golpe de muerte la aparición de otro poeta palaciego que entronca con los de la corte de Rivadavia y que sirve a los planes culturales de Roca: Olegario Víctor Andrade (1839-1882). La aparición anacrónica de este poeta, cuyo advenimiento habían preparado los imitadores tardíos de Espronceda, Cienfuegos, Quitana, Zorrilla y Nuñez de Arce, y que se declara discípulo de Luca, crea un nuevo problema, aunque está en la línea de los poetas revolucionarios: el de la resurrección de una clase de poesía que había perdido actualidad - el paso de los Andes, la figura de San Martín; en lo clásico, Prometeo, y en lo coetáneo Victor Hugo-, pero no la había perdido el sentimiento nacido de las victorias guerreras y adormecido, y que formaba parte, como materia patriótica, del plasma sanguíneo del argentino medio. Había de reavivarse, "actualizándose", con las guerras contra el indio (1832 y 1879), la reorganización política (1826 y 1852-1862), el progreso económico y el tema de la Era del Oropel (el sueño de Trapalanda). Andrade es a Roca lo que Varela a Rivadavia; es el vengador contra Hernández - como lo ha de ser en su misma cuerda Rafael Obligado que lleva la narración realista del Martín Fierro al mito bucólico de Santos Vega, al payador de Mitre más que al de Ascasubi -. Se defiende ahora una realidad embellecida por la poesía y por una historia ornamental, de una sensibilidad de inmigrante afortunado, de burgués conforme con su suerte. Canta - *Prometeo* - la esperanza incondicional del gobierno oligárquico y monocrático en el progreso automático, acumulativo e irreversible. Faltaba copar lo gauchesco para lo heroico, y esto es logrado por Obligado. ¿No tenemos ya el terreno preparado para el más paradójico y genial de nuestros poetas,

12 Excepciones: los Viajeros y las obras de W.H. Hudson.

Leopoldo Lugones, como autor de la guerra gaucha y de allí hasta Roca? Porque Lugones sintetiza magníficamente lo áulico y lo gauchesco: es Andrade en prosa, como es el realismo prosaico de los Viajeros y de Hudson en sus últimos poemas.

El primer malentendido con que tropezamos sería, pues, el de designar como revolución el cambio del régimen monárquico por el republicano, en el gobierno del virreinato. Si es cierto que algunos sabían adonde conducían las declaraciones del Cabildo abierto, muchísimos más creían, sin otros temores, que así se aseguraba el dominio de la Corona de la España invadida por Napoleón. Era una declaración antinapoleónica y no antiespañola. Todo esto no se explica sino veladamente, porque es una de las líneas largas de la historia republicana: la que aflora periódicamente en asonadas y motines de cuartel. La primera sublevación, la del batallón de Patricios, y el discurso de Duarte proponiendo coronar rey a Saavedra, presidente de la Junta, son las manifestaciones exteriores de un estado sofocado de la gran fuerza reaccionaria vencida. Todas las manifestaciones abiertas de monarquismo quedan bajo un complejo de censura; la literatura no tiene otros escritores que los que se expresan en el lenguaje republicano; ni Rosas otros que los antirrosistas. No hemos tenido monárquicos en las letras, como los tuvo y los tiene Francia, y no por eso somos más republicanos y democráticos que ese país.¹³

La falta de desahogo en las letras de ese espíritu reaccionario - siempre mucho más fuerte y hondo de lo que se supone -, que era general en las élites, comprimido y disimulado, da lugar a la aparición, tanto en las obras de historia y de ciencias políticas como en las literarias, de expresiones equívocas de inadaptación y desajuste. A esto atribuyo la reticencia, el tono eminentemente conservador y

13 "Nuestros grupos más cultos, esa alma argentina refinada y elegante que decora la patria y la embellece, no se inmuta ante la cárcel de Unamuno. En cambio la emociona un recado de Su Majestad, dicho desde el escenario, por actores distinguidos de comedia..." Juan Agustín García, "Sobre nuestra incultura".

reservado que se ha encontrado ya en la psicología, ya en las manifestaciones espontáneas del vivir nacional. Esa reticencia me ha permitido decir, por confirmación, que somos un pueblo acobardado y temeroso.¹⁴ Pero el lenguaje de los reaccionarios y patricios, los saavedristas de las letras, pudo invocar e invoca con énfasis la libertad y la democracia. Este espíritu reaccionario, francamente agresivo en la crítica literaria, acomete sin embozos a las obras del espíritu libre, como lo hizo siempre, y más desde 1880, para abogar con el beneplácito de la opinión pública, por la causa perdida en 1852.

De ello resultó equívoca la situación y ambiguo el lenguaje de decretos y disposiciones gubernamentales de la época, muchos de ellos invocando el nombre del rey, y de publicaciones que podían leerse como un palimpsesto o como una aljamía. El fracaso de las negociaciones para nombrar un príncipe regente - de no ser posible, una princesa - y las guerras de independencia que muy pronto se encienden por el pueblo en todo el virreinato, hasta el Brasil y el Perú, dan al movimiento un carácter francamente revolucionario, que no es el de las canciones patrióticas. Fallaba el espíritu revolucionario de las élites, mas no el del pueblo, al que no era posible anardecen artículos de gaceta y proclamas de cenáculo. El elemento reaccionario aprovechaba los desaciertos y las dificultades de los gobernantes, y en 1812 tiene que sofocarse, con la ejecución de Alzaga, la primera conspiración realista. Pero esto es en la plaza pública y no en el confesonario. En el lapso de 1810 a 1816, los gobernadores de provincia, inmediatamente caudillos alzados contra las leyes, consiguen infundir en las masas el empuje de la república. Mas no hay contacto entre el patriarcado y la plebe. Por razones solamente diplomáticas, patriotas republicanos y democráticos como San Martín y Belgrano, deben simular sus sentimientos y propiciar la monarquía. Hay también, pues, el complejo de otro tipo, el de que se está jugando con trampa. Logias, reuniones secretas y salones

14 Naturalmente, el miedo, como lo afirmó Sarmiento, nos viene de la época de Rosas. Se incubaba en la Colonia bajo represiones muy severas.

literarios preparan el ánimo de los jefes y laxan la obstinación de los monárquicos. El Salón Literario de Marcos Sastre es también una logia política semisecreta que rápidamente es disuelta, al enunciar públicamente sus propósitos de primera fila. Los comerciantes y funcionarios, más que los hacendados, estaban convencidos de que los primeros pasos del Cabildo y de las Juntas tendían con velada táctica a asegurar a Fernando VII su Colonia. La otra parte, más esclarecida y decidida, con Moreno, Rivadavia, Martín Rodríguez, Pueyrredón, Posadas, Viamonte, Dorrego,¹⁵ querían la república democrática. Rosas la impone en 1829 brutalmente, con el pueblo intonso y cerril y con sus milicias "rojas" particulares; y por eso puede decirse que también él es uno de los principales héroes de la emancipación. ¿No ha encendido él en los patricios de la élite porteña reaccionaria el espíritu popular de libertad, y el odio al despotismo? Rosas fija bien pronto su posición y da forma al caos que habían creado las rivalidades de los patriotas-patricios y de los patriotas-plebeyos. La nación será una república federal bajo un gobierno despótico, como seguirá siéndolo, hasta que pueda darse su constitución democrática, centralizado el poder ejecutivo en la provincia más rica, dueña del puerto más importante y de las vías marítimas, y a cargo de los negocios diplomáticos. Esparta y Atenas, cuyo carácter de metrópoli dictatorial conserva. También sede de la "intelligentsia", por añadidura

Configuración personal del caos

La revolución emancipadora de 1810 concluye después de 1824 (batalla de Junín); concretamente, en 1835, cuando la legislatura de Buenos Aires concede al gobernador Juan Manuel de Rosas la Suma del Poder Público. Es preciso exponer y aclarar algunas ideas, no dilucidadas aún, para comprender las contradicciones y la posición equívoca de algunos próceres como asimismo de las luchas

15 Asimismo San Martín. Piénsese que su secretario en el Perú fue Monteagudo, el "ultrademocrático". Es el gran capitán y gran paisano que vio José Martí.

intestinas que siguieron a la caída de Rivadavia, y que persistieron más o menos permanentemente hasta 1862, con la presidencia de Mitre. No hay vestigio de este drama social en las obras escritas. Rosas es la figura clave, y su aparición en la historia tiene similitudes muy notables con la de Napoleón, de quien podemos ver una réplica en la escala de lo europeo a lo americano. Ambos, por corolario de similitudes, dan pábulo a una nueva literatura, en la misma escala.

Para eslabonar la historiografía con la narrativa es indispensable suscitar, aunque someramente, el marco ecológico en que se producen, juntamente, los más significativos actos de gobierno y las más significativas obras literarias. A este respecto, Rosas es la figura principal y la que determina el marco de ese cuadro.

El periodo íntegro de la revolución, 1810-1835, se caracteriza en las letras por la exaltación de las campañas de independencia - los poetas gubernamentales - y por la teoría y práctica de la república democrática: Moreno, Monteagudo, el deán Funes y Pazos Kanki en *La Gaceta*, y Rivadavia en la administración (las grandes obras públicas y culturales, la enseñanza laica, el fomento de las ciencias aplicadas, la enfiteusis, etc). Nosotros tenemos escrita la crónica de la revolución, pero no ha sido explicada la subsiguiente tiranía de Rosas,¹⁶ de quien ni se ha explicado bien el vocativo de Restaurador de las Leyes. En parte la aparición subitánea e inusitada de Rosas con sus milicianos y el inmenso populacho que lo sigue parecen mágicos, porque aquella historia de la revolución no nos dice casi nada del pueblo, sino como población que vagamente impele, obliga, aprueba o rechaza. Con Rosas el pueblo aparece de golpe, y da miedo. Puede significar, según se mire, la restauración de las leyes naturales americanas o las de la Colonia, el regreso a las formas y modos de vida del virreinato, o la iniciación de un régimen patriarcal de gobierno fundado en la adhesión de las masas incultas, que reaparecerán con otras variantes indumentarias en 1916 y 1945. No

16 Excepción: *Evolución de las ideas argentinas*, de José Ingenieros.

se ha percibido por los historiadores, pero es evidente la similitud y el paralelismo entre la Revolución francesa y la nuestra, no en el aparato escénico, como lo vieron sin duda Mitre y López, sino en sus líneas fundamentales y tectónicas guardadas las distancias entre Francia y la Argentina en 1810, y entre sus protagonistas. La explicación sucinta que da Guglielmo Ferrero de la aparición de Napoleón corresponde perfectamente, *mutatis mutandis*, a la de Rosas, como le es lícito comparar al historiador y al sociólogo. La analogía que yo encuentro no es del orden de las que otras veces he criticado, cuando en la comparación se implica la identidad de un género o de una especie, y no la de una estructura; como cuando solemos decir que el jaguar es el tigre del Chaco. Esas analogías que surgen de la estructura y de las funciones tanto como de los órganos, pueden aceptarse también para nuestra Era del Oropel, que no por capricho he tomado de la descripción de Vernon Louis Parrington (en *Desarrollo de las ideas en los Estados Unidos*), y que corresponderían más ajustadamente aún al Segundo Imperio según la síntesis de Francesco De Sanctis en su estudio sobre Emilio Zola (en *Saggi Critici*). Es literariamente nuestra década 1880-1890, que se alarga hasta 1916 en rampa.

"Revolución" - escribe Ferrero - es una palabra de doble sentido que, desde hace siglo y medio, encubre uno de los equívocos más trágicos en que puede extraviarse el hombre. La Revolución francesa es el ejemplo más grandioso de una revolución equívoca del principio al fin, porque fue desde su origen. La vieja legalidad monárquica se hundió en ella en el preciso momento en que Francia intentaba transformar el Estado y la sociedad con una nueva orientación del espíritu: dos revoluciones de naturaleza distinta, creadora una, destructora la otra, produjéronse al mismo tiempo; y la destrucción perturbó, paralizó y al fin aniquiló a las fuerzas creadoras. Ahí está el secreto de la Revolución francesa, la clave de todas sus contradicciones. La convocación de los estados generales y los acontecimientos subsiguientes habían dado el último y pequeño zarandeo al añoso tronco cuyas raíces desde hacía tiempo hallábanse podridas. Inmediatamente las masas se amotinan, la autoridad queda paralizada: correlación instantánea e irresistible, las masas se amotinan porque sienten paralizada la autoridad; la autoridad se cruza de brazos porque siente que se la han escapado las masas. Grandes y humildes, ricos y pobres, sabios e ignorantes, todos juntos tiemblan, ahora que en medio de ellos el pilar de

la sociedad -la ley- ha sido derribado. El mismo pánico, el gran pánico, comienza arriba y abajo. Sin leyes sin gendarmes, los partidos y clanes políticos terminarían por llegar a las manos en vez de discutir; y ninguna asamblea tendría la autoridad ni el poder necesarios para ser la fuente augusta de la ley. Sin ejército, sin administración, sin política, sin justicia, sin tesoro, la revolución debe hacer la guerra en tres frentes. Su miedo transfórmase en terror; y el terror alumbrará a los dos gemelos: la guillotina y la guerra sin reglas.

Todo este texto es, exactamente, el esquema de nuestra revolución, y creo que también de casi todas las de Hispanoamérica. También son impresionantes las analogías entre Rosas, que con el terror pone fin al terror y la guerra caótica, y Napoleón después del XVIII Brumario:

Napoleón es un hijo de la Revolución: el secreto profundo de toda su política, como el de la Revolución, es el miedo. Encargado a la edad de treinta años por los Brumarios de aplicar a Francia la contradictoria fórmula del pueblo soberano y encadenado, Bonaparte se espanta de su poder y su misión. Le espanta todo: los complotos reales e imaginarios que se organizan o pueden organizarse para asesinarlo o deponerlo; los descontentos, las críticas y resistencias que su acción provoca; las responsabilidades que le corresponde asumir. ¿Cómo no había de asustarse si el problema que debe resolver es insoluble? (*Reconstrucción: el "gran pánico".*)

Rosas demuestra, como ejecutoria de una nueva nobleza oligárquica o agropecuaria, que trabajando en las estancias se había creado una posición respetable en las altas esferas patricias y una gran fortuna y enorme prestigio entre los hacendados y los peones por igual, y que a nadie debía nada. Era el ídolo de la ciudad y del campo, de la milicia y la ciudadanía, de la riqueza y de la pobreza. Era un nuevo tipo de héroe sin ingredientes exóticos que remplazaba al guerrero de los cantos épicos, del militar - tan hecho a la europea: San Martín, Alvear, Pueyrredón, Viamonte, Rondeau, Brown - que hizo la guerra de independencia con el bajo pueblo, los negros, los indios y los mestizos, pero no para él. Mas este héroe, el de los olvidados, el Héroe del Desierto, no tuvo poetas ditirámicos ni narradores condignos que explicaran su aparición lógica en la historia y no absurda como un monstruo partenogenético. No se ha tratado

de explicarlo dentro de su especie, sino de exterminarlo para que no tuviéramos ni las cenizas de él.¹⁷ Como esto no puede hacerse sin el riesgo de la resurrección, según el mito del fénix, el asesinato, sin duda justo, cometido por los jueces en el exilio, trajo como consecuencia su sepelio en vida; y las perturbaciones que en lo sucesivo, y hasta el día de hoy, sufre el país, débense a que quiere regresar, como el fantasma de Hamlet, para que se le haga justicia. Para que se lo condene y ejecute en el patíbulo después de ser debidamente juzgado y condenado -si esto resulta del proceso-, para ser ajusticiado por el verdugo, con fallo judicial, y no asesinado por los poetas.

Examinada bajo este concepto toda la literatura del Exilio, de la que puede ser epítome paradigmático la poesía apocalíptica de Mármol y la de Rivera Indarte, se comprende que la realidad ha huido otra vez bajo el puente retórico; que los cantores de la libertad política repiten con otras palabras y otra envidia los cantos de la independencia. Ni la literatura ni la cultura interesaron al gobierno de Rosas, y eso habría sido tarea fundamental y capital para el escritor que quiere comprender para escribir: clausura la Universidad, persigue a los profesores y a los intelectuales, demuele sistemáticamente lo que había construido Rivadavia, implanta un régimen de atemorizada disimulación, de obsecuencia servil, anestesia la sensibilidad para las demasías de los gobernantes, empaña el ojo del observador y embota los oídos. Lo cual no es mera destrucción, como se le imputa unánimemente, sino más bien, según el título de la obra de Ferrero: Reconstrucción. Era un bárbaro, efectivamente, pero se dice que el representante de nuestra civilización y el primer presidente constitucional, promotor de la cultura y el progreso, llevaba espadín a diario, calzón y zapato con hebilla de plata.

Otra vez el pensamiento queda representado por los que habían tomado del pueblo sólo la flor; la pequeña burguesía, la burocracia, la población alfabeta, los hidalgos, los que atendían los misteres de

17 Ramos Mejía: "La multitud realiza hoy la independencia de América, mañana creará la tiranía de Rosas o la anarquía de 1820...", y las sucesivas.

clerecía. *Facundo* es el ejemplo. La literatura como que proviene de los unitarios y así sigue, no ha tratado este tema capital de nuestra historia, sino en la faz política, la de la Tiranía y para deducir una doctrina conservadora y democrática sin pueblo.

Es posible que eso haya sido lo más importante, puesto que se trataba de la existencia de la nación, de su independencia frente a la acechanza de Francia e Inglaterra que nos habían bloqueado los puertos de quienes parecían portavoces nuestros literatos. Mas lo importante para un estadista no siempre ha de ser lo importante para un escritor. Las letras no recibieron herencia ninguna de *Facundo* ni de Rosas, si exceptuamos *Facundo* y *Amalia*. Y debido principalmente a estas dos obras, dos cúspides de nuestras serranías, la figura de Rosas y su gobierno siguen siendo enigmas indescifrables, y traumas no menos graves que los de la Revolución francesa. Si exceptuamos aquellas dos novelas historiadas, de ese periodo no quedan otros vestigios que la enseñanza de cátedra y la orfandad del pueblo que sigue esperando su poeta. El que le traiga su evangelio y le haga su revelación, pues sospecha que los evangelistas y los apóstoles no conocían la verdad o lo han engañado con ella.

Literatura ancilar y numen político

El pueblo francés es uno de los más antiguamente cultivados, pero los escritores franceses nada le piden y no escriben para él.

Thierry-Maulnier, *Introducción a la poesía francesa*.

Así pues, el estudio de las literaturas es el que ha de servir principalmente para construir la historia moral y encaminarse hacia el conocimiento de las leyes psicológicas de que dependen los acontecimientos.

H. Taine, *Historia de la literatura inglesa*.

El Salón Literario de Marcos Sastre reacciona contra la vacuidad presuntuosa de los poetas palaciegos e intenta fijar las condiciones que ha de tener la república. Es la primera y última vez que se intenta aquí, conscientemente y con un designio, conectar la literatura, las ciencias y las artes con la nación y el pueblo. La certeza de que era menester realizar algo orgánico y planeado, se había

creado en los salones literarios que antecedieron a éste, donde se discutían como en asamblea los problemas políticos y culturales. La asociación más importante de las numerosas de ese tipo, es la Asociación Patriótica, fundada en 1812, prohijada por Rivadavia y que tuvo a Bernardo Monteagudo (1787-1825) por primer presidente. Sus móviles eran el estudio de la literatura y del derecho público. Después de la persecución de Rosas, los proscriptores siguieron formando agrupaciones que conservaron el mismo carácter doble, de academia y de logia. Los promotores: Sastre, López y Planes, Echeverría, Gutiérrez, Alberdi y numerosos adherentes socios, entre ellos Pedro de Angelis, relator de Rosas, formulan un programa de gobierno democrático, un plan de educación y de cultura laica internacional y una doctrina de la nacionalidad inspirada en los socialistas franceses. No les preocupa la forma de gobierno, con tal que sea democrático. Con indulgencia podríamos llamarles nuestros "decembristas". Todo lo que se había intentado durante siglos en Francia, lo que Rivadavia no pudo realizar desde el gobierno, se lo proponen ellos teóricamente, como principios y preceptos a los que primero llaman código y después Dogma (socialista). Esta es obra elaborada en colaboración, pese a que Echeverría le infunde su poderosa personalidad, y operó como vínculo de cohesión ideológica además de catecismo democrático liberal. Perfecciona y da forma a esa filosofía social compartida por los miembros conspicuos de la sociedad porteña, porque además de devocionario de una fe ecuménica devino el plano arquitectónico, según el cual los constructores de la nación, en gran parte ellos mismos, intentaron crear una vida intelectual propia.

Tal plan es sumamente ambicioso:¹⁸ procura según Sastre, "el divorcio de toda política y legislación; del sistema de educación pública transplantado por España, y de la literatura española y aun

18 Florencio Balcarce se lo advierte a Félix Frías en una carta: "Me alegraría infinito que la sociedad progresase. es decir, que durase y mejorase sus principios; porque las ideas emitidas en los dos discursos hacen ver que ha nacido tan contrahecha que antes de poder desarrollarse debe morir, si el ejército y la edad no modifican sus defectos de constitución".

de todo modelo literario extraño". La literatura, según los afiliados del Salón, debe ser un instrumento político de gobierno ilustrado. De ahí puede extraerse, lo hace Alberdi, una Constitución más que un Ars Poética - lo hace Gutiérrez en la preceptiva, y lo realizan los Gauchescos sin formular propósitos -. Procura la civilización y el progreso, naturalmente en el orden y la paz.

Los poetas y pensadores a quienes la Joven Argentina acatan como oráculos son: Saint-Simon, Rousseau, De Tocqueville, Leroux, Fourier; más que Hugo, Byron, Mme. de Staël y Chateaubriand, que citan a menudo. La crítica está hecha por el corifeo, Esteban Echeverría (1805-1851), en el primer Discurso que allí pronuncia, donde dijo:

Sobreabundan las ideas entre nosotros; pero éstas son la mayor parte erróneas, incompletas, porque el verdadero saber no consiste en tener muchas ideas sino en que sean sanas y sistemadas y constituyan un fondo de doctrina o una creencia, por decirlo así, religiosa para el que la profesa. Más vale ignorancia que ciencia errónea, pues el que ignora puede aprender, y es difícil olvidar errores para adquirir verdades.

El mentor de todos ellos es, a pesar de las declaraciones de americanismo, en lo recóndito de sus corazones, don José de Espronceda, e inmediatamente Zorrilla; aunque por fortuna para el arte de escribir y para la independencia espiritual de los lastres coloniales, lo es Mariano José de Larra, cuyo influjo es profundo y duradero. Larra es el padre de nuestra gran literatura -Alberdi o "Figarillo", Sarmiento, Gutiérrez, Mitre, Valentín Alsina, etc-. Todos los que escriben bien aprenden de él. Son temperamentos políticos que se ocupan de letras, como entre nosotros acontece por lo regular con los abogados, que profesan la enseñanza como *modus vivendi* y la literatura como "divertimento".

Para borrar la influencia de la poesía patriótica de la revolución, en cuanto había proliferado hasta ahogar toda posibilidad de emancipación intelectual, quieren crear una poesía que tenga contenido y sustancia nacionales (*La cautiva*, de Echeverría), algo propio, algo rivadaviano, no se sabe qué; algo que satisfaga más que

al buen gusto estético una necesidad orgánica de la inteligencia; algo así como un manjar alible y no sabroso; que nutra en vez de agradar. Lo expresa claramente Gutiérrez en el discurso inaugural. La obra extranjera, aunque satisfactoria mentalmente, los deja apetentes y con ansia de un bien que se incorpore a la sangre y al cerebro. Quieren que ese bien espiritual florezca como una planta autóctona, que crezca por sí, que se desarrolle por intususcepción. Rosas les dará la revelación de lo que deben pensar, hacer y escribir. Será el apóstol Pablo de esa iglesia que ya tiene un dogma.

Conflicto y armonías de las razas literarias

Nuestra literatura nace de la diáspora y se escribe en el extranjero. Las obras más valiosas y meritorias se gestan en función de Rosas, contra él. El Salón pudo imponer una concepción política y cultural nueva, ajustada al embrionario *status* republicano, a cuyo engarce más ceñido contribuirá la "ola de barbarie" con la que Rosas llama a los soñadores a la realidad y les demuestra que el pueblo existe, y no sólo en las estrofas del Himno, en las praderas y en los ranchos. Y que es terrible cuando se lo abandona y se lo hostiga como a las haciendas chúcaras en las dehesas. Lo que el Salón no logró fue tomar contacto con el pueblo, ni tampoco -acaso menos grave- romper los moldes verbales, los "idola fori" de la revolución, ni los moldes biológicos y psíquicos, los "idola tribus", más duros e inalterables, de la Colonia. Gutiérrez (ver sus ensayos crítico-biográficos sobre De Luca y Varela) es testimonio de que la retórica española los había calado hasta los huesos, pese al antídoto de Lara, y que el prejuicio del conquistador para la india y su prole no se había disipado en ellos, de cuyo hecho da cuenta *La cautiva*. Lo ve y lo dice tres años después Alberdi:

Se desplomaban las tradiciones de los españoles, y los poetas mantenían como reliquias sagradas las tradiciones literarias de una poesía que había sido la expresión de la sociedad que caía bajo nuestros golpes; la libertad era la palabra de orden en todo, menos en las formas del idioma y del arte;

la democracia en las leyes; la aristocracia en las letras; independientes en política, colonos en literatura.¹⁹

Y algunas razones habría en esas palabras, para muchos pesimistas y osadas, cuando Juan Varela - que sigue como todos los críticos españoles, menos Unamuno, a Menéndez y Pelayo - se arriesga a decir, en 1902:

Conviene notar aquí que yo excluyo de esta colección, por regla general, los poetas hispanoamericanos. Parte es cuanto han escrito de la literatura española. La ruptura del lazo político que los unía no basta a romper los más firmes y persistentes del idioma y de la casta o de la sangre. Mientras nuestra casta no se hunda, mientras la inmigración no la ahogue o la desvanezca, las letras y toda cultura, desde Tejas y California hasta el Estrecho de Magallanes, seguirán siendo una prolongación de las letras y de la cultura de España...²⁰

Desatino muy digno de tomarse en cuenta, porque contiene mucha verdad.

Todo esfuerzo y el talento de la "intelligentsia" representada por el Salón se hubiera malogrado, puede conjeturarse, de haber imperado un régimen menos expresivo en la segunda gobernación de Rosas. Hasta 1837 era unánime, puede decirse, el beneplácito por un gobierno fuerte, que puso en quicio el desorden llamado anarquía de las provincias, y la impetuosidad de los gobernadores.²¹ Marcos Sastre lo desea y lo festeja en su discurso de apertura; y Alberdi, posteriormente su crítico más sensato, y Rivera Indarte, posteriormente su detractor más insensato, se aprestan a servirlo. Sin el exilio el país quizá habríase constituido con mayor solidez y sin las fallas cimentales que ahora tiene, pero habría carecido de tan complicada ortopedia ideológica y jurídica. ¿Habría sido un mal? Lo cierto es que el destierro y las persecuciones hacen definitivamente imposible esperar nada por el trabajo paciente de la educación, la ilustración y la acción gubernativa. No obstante, síguese depositando

19 Prólogo a la edición de poesías premiadas en 1841, en Montevideo.

20 *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*.

21 Cf. Groussac, "Don Diego Alcorta"; Zinny, *Historia de los gobernadores*.

un ideal de salvación y creyendo progresivamente con más idolatría, en el Leviatán al que ha de confiarse todo, al Estado paternalista, al que no se procura educar ni en las primeras letras de la educación de los soberanos. Porque nuestro Estado, el que se forja en el exilio, sí que tiene, como Alberdi dijo de Sarmiento, el chiripá bajo el frac.

El exilio cambia el tono y el tenor de la producción literaria y dogmática, en verso y en prosa. Ahora influyen, más que Cienfuegos y Quintana, versiones americanizadas de las ideas sociales en boga. Nacen *Ojeada retrospectiva* y *Dogma socialista*, las cuatro grandes obras de Sarmiento escritas en Chile, la obra jurídica de Alberdi, los estudios de Mitre, Fraguero, Gutiérrez, V. Alsina y Florencio Varela. Hacen sus armas, preparan su mano en Montevideo, Santiago y La Paz, adquiriendo ese cariz periodístico que tendrá la mejor prosa, por ejemplo la de Sarmiento. Echeverría deja, por suerte, el verso en que malgastó tantos años y tan hermosas disposiciones. En manos de los exiliados el verso es un látigo, un hierro de estigmatizar, una maza. Y también pasa a elemento deportivo en la acción reconstructora. ¡Curioso es que sea en verso que renazca la literatura verista genuinamente argentina! Para esta segunda etapa, Larra es como el general Urquiza, en cuanto los liberó de la tiranía de la mentalidad madrileña y de la prosa de Fernández de Moratín y de Jovellanos.

Desde la clausura del Salón (1838), la campaña cultural se convierte en estrategia violenta, y toma otra dirección. Mitre es artillero a la vez que poeta, y el autor de *Facundo* y de *Recuerdos de provincia* es boletínero en el Ejército Grande. Ahora no se trata de reconstruir sino de recuperar la patria perdida. Si el propósito político, al que está estrechamente ligado el literario, muy pronto se malogra por el ataque de Rosas a los intelectuales, queda en pie su contribución a la empresa política de la reconstrucción, como lo reconoce Alfredo L. Palacios en su libro *Esteban Echeverría*, albacea del pensamiento de Mayo. Todos proclaman la necesidad de un idioma - no español - como artículo sacramental para la independencia de los espíritus; pero ¿es desespañolizarse dejar Espronceda por Larra? No es poco y, al fin y al cabo, es todo lo que hemos hecho en

adelante. De la inanidad de esa campaña contra "los godos fonéticos" certifica la polémica con Bello sobre ortografía, que éste adoptó hasta donde era correcto. Sin embargo, su americanismo era de cepa mucho más continental que el de sus opositores.²²

Presentóse al Salón un tema y un programa nuevo. El coronel de milicias cuya obsecuencia y miedo elevarían a brigadier general, Rosas, pasa a ser prototipo del militar ulterior que se hará político, estadista, legislador, juez, capitán de industria y hasta escritor. Rosas no lo era, pero según J.A. García, poseyó un estilo napoleónico, enérgico, breve, apodíctico, en una época en que ya se cultivaba con asiduidad el floripondio. Esos escritores del Exilio, que regresan con grados militares - hasta Sarmiento fue general, como Mitre - se valen del periodismo y la oratoria, muy secundariamente de las bellas letras, para la reorganización de la república. Las bellas letras, la filosofía, la moral, han decaído al nivel del periodismo, que a la sazón era alto, y desde entonces gradualmente olvidarán sus propósitos de calidad, enjundia americana, estilo y nobleza.

El periodismo fue el género literario fecundo e insigne en el exilio.²³ Tres etapas pueden fijarse. Hacia 1820, dice Gutiérrez, en *Críticas y narraciones*:

... la prensa reflejó el estado social del país; durante él, el periodismo fue una chacota, una orgía anárquica del talento, un terreno en que sólo brotaban los hongos malsanos del *Teofilantrópico* y del *Gauchipolítico* (dos

22 En la citada carta a Frías, dice Balcarce: "Comprendería yo si dijese literatura nacional (no formación del lenguaje nacional), porque significaría una poesía que reprodujese nuestras costumbres, nuestros campos y nuestros ríos; pero salir de buenas a primeras a querer formar un lenguaje dos o tres mozos apenas conocidos... "Debo advertir al respecto que la mejor literatura "argentina" está escrita en inglés: los Viajeros (diez excelentes), Hudson, R. Cunninghame Graham. Empero, la objeción más punzante que se ha hecho al Salón (muy de actualidad) hállase en la misma carta: "Hay épocas en que es deshonoroso mostrarse al público. Salir hablando de literatura, que es lujo en la sociedad al son de las descargas que diezman la población, parece hacer burla de las desgracias públicas."

23 En Valparaíso y Santiago: Sarmiento (*Facundo* aparece como folletín en *El Progreso*), López, Alsina y Alberdi. En Montevideo: Echeverría (*El Nacional* publica en folletín *el Dogma - código - socialista*), Andrés Lamas, Miguel Cané, Juan M. Gutiérrez, Carlos Tejedor, Florencio Varela, Mármol, Rivera Indarte y Bernardo Vélez. En La Paz: Bartolomé Mitre (1821-1906), Wenceslao Paunero, Félix Frías.

periódicos del Padre Castañeda), En el año 1822 en sólo los títulos de los periódicos se observa un profundo cambio, y se ve aparecer *La Abeja Argentina*, *El Amante del Bien Público*, *El Centinela*, *El Registro Estadístico*, serios todos, todos amigos del orden y la paz.²⁴

Hacia 1850, dice Alberdi (*en Cartas quillotanas*):

Aunque nuestras gacetas no se escriben en los campos, se escriben en ciudades compuestas de elementos campesinos, ciudades sin fábricas, sin letras, de vida civil incompleta y embrionaria, simples mansiones de agricultores, de pastores, de mineros ricos, que acuden a disfrutar de lo que han adquirido en la vida de los campos, que es la vida sudamericana por esencia. De aquí es que la prensa, como el Salón, como la tribuna, como la Academia misma, están llenas de gauchos o "guasos" de exterior inglés o francés [la alusión es a Sarmiento].

Y hacia 1880, escribe García en *Sobre nuestra incultura*:

En el virreinato, en mayo del año 10, en las presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, es decir, en las épocas más lúcidas de nuestros anales hasta el 80, los hombres hablaban y escribían con propiedad, y a veces con elegancia. Mitre, Sarmiento y Avellaneda venían acompañados de un elenco de espíritus que llamaban a las cosas por su nombre.

Netamente periodismo panfletario oratorio, electoralista, que continúa la etapa gloriosa de *La Gazeta de Buenos Ayres*, fundada por Moreno, donde escriben los fundadores de la república, que he citado ya. Como una reacción saludable, por cierto fuera de la corriente patricia y culta, los poetas gauchescos, que también son políticos, como el antecesor de todos, Bartolomé Hidalgo - homónimo y coetáneo del mexicano que luchó por la libertad de su país -, Hilario Ascasubi (1807-1875), mitrista, José Hernández (1834-1886), urquicista, a los que debe agregarse Antonio Lussich, uruguayo, autor de *Los tres gauchos orientales*, procuran infructuosamente recuperar la temática popular rioplatense, y tienen que crearla en el área rural (de la barbarie, según Sarmiento). Es un violento desafío a la metropolitana Buenos Aires y a sus élites dominantes, y que procede con el mismo criterio de Rosas,

24 La evolución de la cultura literaria reflejada en la prensa había sido un índice excelente para cualquier averiguación a fondo del proceso histórico. No se ha hecho, sino algo como el registro de las publicaciones.

considerándolas al servicio del extranjero. Literatura en el habla popular y con un temario genuinamente campesino, es decir, fuera y lo contrario de lo que pensaba y sentía el Salón Literario, de su programa de cultura y de su antirrosismo. Para las letras el saldo del Salón no es tan favorable como para la política. Positivamente, en la prosa, la ganancia es el gran estilo de narrar en que está escrita aun la prosa de ensayo, de historia y de elocuencia, y en que se advierte particularmente el saludable influjo de Larra, y que es general. La lección la aprenden asimismo los que creen deberle casi todo a Michelet a Thiers, éstos en una forma, aquéllos en otra. En Sarmiento alcanza su máxima expresión, ya en los artículos periodísticos, ligeros y graciosos, ya en las obras de madurez (*Facundo, Viajes, Recuerdos de provincia, Las ciento y una*), y el saldo tiene por lemas: estilo, técnica y conducta.

La política ha usurpado la parte que legítimamente correspondía a las letras en el patrimonio creado y dejado como de dominio público por Rosas. Más tampoco las ciencias políticas han conseguido grabar un perfil nítido de los caudillos ni del Caudillismo, al menos como lo hizo con la efigie varonil y felina del mayor de todos ellos. Esa efigie no se halla tanto en la iconografía y la bibliografía - copiosísima - cuanto en el ánimo de las gentes del pueblo, particularmente de los campesinos.

Es el prócer más conocido - escribe J.A. García -, más familiar, más en contacto con todas las generaciones que vienen, y el que más curiosidad despierta. Mientras los otros residen en santuarios, en un decorado misterioso, ocultos entre las nubes de homenaje que los envuelven y no los dejan ver, Rosas vive, vive mano a mano, en confianza con todos los que se acercan a su época.

Y, en una proyección de mayores perspectivas:

Rosas señala una transformación social, que aún no se ha definido, porque se oscila entre Rivera Indarte y Saldías: dos extremos. El estilo del dictador es, como es, como su letra, claro, firme, preciso y enérgico. Llama todas las cosas por sus nombres, sin perífrasis ni eufemismos, con una exactitud que revela el poder de su inteligencia... Es el idioma de un hombre de negocios, muy ordenado, muy correcto y realista y que necesita todas sus horas. Fue el tipo del hombre de Estado formidable, con la visión del

detalle y del conjunto; un ejemplar humano que interesa a todos los historiadores, y que en medio del infierno argentino de esas épocas atrae, con una fuerza irresistible, a todos los que piensan (op cit.)

Entrando a la personalidad de quien sólo tenemos retratos de prontuario policial, tendríamos para revisar la historia toda, como se proponen, quizá con no buena fe exenta de segunda intención, nuestros "revisionistas".

Pues, como reconoce Pedro Henríquez Ureña:

Necesitamos un estudio sistemático del pensamiento político de los caudillos de nuestra independencia. Alguna atención se ha dedicado a la influencia de los pensadores europeos; pero lo que importa investigar no es tanto lo que nuestros caudillos leían como lo que hicieron con las ideas que asimilaron. Las tradiciones hispánicas, más la filosofía de la Ilustración y las corrientes de "federalismo norteamericano, jacobinismo francés, realismo inglés y monarquismo constitucional", al converger en la América Hispánica, produjeron tal diversidad de proyectos y leyes que nuestras tierras se convirtieron en "el laboratorio político más extenso que jamás ha conocido el mundo". (Victor Andrés Belaúnde, *Bolívar and the Political Trough of the Spanish-American Revolution.*)²⁵

La situación de los historiadores y críticos, después de 1852, comporta una posición personal con respecto a los problemas de la nacionalidad, sociales y políticos, y ella se acusa en las letras. No hay producción de algún mérito que pueda decirse de oposición o exenta del compromiso tácito de servir a la reconstrucción sin resistencias. Es justísima la definición de literatura evasiva, o de transferencia y sublimación, de las que son excepciones siempre los Gauchescos. En la defensa de los caudillos y de los gauchos -el pueblo no tiene otra indumentaria-, considerándoseles fundadores del régimen democrático y de las libertades individuales, debemos ver un sentido de las cuestiones sociales distinto de aquel que sostiene los que son contrarios a ellos. Para muchos, ambas posiciones se confunden, y la defensa del pueblo que hacen los Gauchescos se identifica con la política de partido - y de los federales o rosistas -. Si además aceptan la literatura correspondiente, es por extensión.

25 Nota en las Corrientes literarias en la América hispánica.

Otros gustan de los poemas gauchescos, simpatizan con el gaucho, pero sienten aversión a lo democrático y popular, y al país entero.

O conciben un país arreglado a sus gustos, donde eliminan cuanto no coincide con la naturaleza de sus pasiones o, si se quiere, de sus ideales de partido. Los intelectuales estaban todos de parte de Buenos Aires - y siguen estándolo - porque eran porteños y pertenecían a la clase burguesa y funcionaria. De esa capa social surgen, como los renovadores de los salones, los demócratas y revolucionarios; de esa pasta son. El interior quedó librado a la suerte de las armas, como le suele ocurrir al pobre, no siempre al capricho de bandidos latifundistas sino también de apóstoles de una clase social desamparada. Explicanse en cierto modo, por tales circunstancias, las guerras civiles como una apelación desesperada de las provincias para liberarse de la opresión de Buenos Aires - como se dice en lenguaje técnico, de "su agresión económica" -, donde residen los dueños del país y sus abogados defensores. La literatura no refleja esa tragedia humana, porque tanto la generación del Salón Literario cuanto las de la Reorganización y de Oropel, tienen en vista un programa político-económico, y sus prohombres llevan, porque son escritores, los problemas vivos del drama que vive el pueblo, a las cámaras, los ministerios, las aulas, las redacciones y las oficinas de estadísticas.

En resumen, la reacción de los caudillos contra el gobierno centralizado en una ciudad que avasallaba a las provincias es un hecho subsistente hoy con la misma violencia, y debió haber sido significativo para los estudiosos de la cultura argentina. El mismo fenómeno que en el orden político hace que el país gire en torno de la metrópoli como un satélite mortecino, se da en las letras; porque a nuestra literatura es, en todo sentido, metropolitana, urbana y burocrática. No es posible dejar de considerar a Buenos Aires como una obra literaria - magnífica acaso -, en que exhibimos, algo así como en un escaparate, nuestra riqueza, nuestra cultura y nuestro bienestar.²⁶

26 Es la tesis de *Radriografía de la Pampa*, desarrollada particularmente en *La cabeza de Goliat*.

La literatura no registra aquellos conflictos entrañables y subconscientes y la historia los registra como la lucha del interior contra la capital, de los caudillos contra los organizadores, de la barbarie contra la civilización. Ese sentimiento de repudio contra Buenos Aires, como heredera y albacea de la colonia, manifestado en la esfera de los hechos, de las fuerzas de dominio y de la riqueza material, se hubiera revelado igualmente en la esfera de las ideas, si el interior hubiese tenido intelectuales y no sólo caudillos.²⁷

El "complejo Rosas" -más exactamente que el tema- tampoco ha influido en la modelación del alma nacional, de su "personalidad básica", y sí en la estructura del Estado. De los dos hemisferios de nuestro mundo social sólo está iluminado, y con luz cenital, el político-agrícola-pedagógico, pues la obra literaria que refleja la invasión y reconquista del campo, la guerra fría del interior contra la ciudad y de ésta contra aquél, de la barbarie contra la civilización, de los criollos contra los godos, de los patriotas contra los *gauleiter*, únicamente lo enfoca con criterio forense, político y pintoresco (*Facundo, Amalia, Una excursión a los indios ranqueles, Martín Fierro*). Con la excepción quizá condicional de Mitre, todos los grandes escritores, que son los gobernantes en las décadas del cincuenta al ochenta dedignan al pueblo que tratan de proteger con las leyes. Sarmiento llegó a aborrecerlo, con todo que era de hogar muy humilde - en carta Mitre le dice: "no ahorre sangre de los gauchos"- Todos ellos democráticos de la decuria del Salón, modelaron del pueblo la imagen política que tomaron de Rousseau, Franklin, Jefferson y de los socialistas utópicos. Eso es un pueblo, indiscutiblemente, el de los estadistas, juristas, economistas, y también de los demagogos, y otro es el de Walt Whitman, Charles Péguy, Carl Sandburg y Simone Weil, que nosotros desconocemos.

27 Los intelectuales que dio el interior: Mitre, Alberdi, Avellaneda, Sarmiento, Vélez Sarsfield, el deán Funes y, más cercanos, Joaquín V. González, Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, conservando inmarcesible su amor al terruño, se adhirieron a la planificación de "la grande Argentina metropolitana", en el modo de plantear los problemas según el método terapéutico que aconsejaron los estadistas para sus males humanos, los hereditarios y los endémicos.

Pues la efigie del reverso del pueblo de los tratadistas de derecho es la chusma harapienta, los "peludistas" del yrigoyenismo, los "descamisados" del peronismo y los "grasitas" de Eva Perón. Censurada en el "complejo Rosas" como tabú, la literatura sigue respondiendo a los engramas de la poesía y la doctrina patrióticas bajo el atavío de un realismo prosaico, sin duda con más alto estilo que antaño, con lo que transfigura la esencia rosista sublimada en lo pintoresco evasivo, por lo mismo que tabuizada, para presentarse multiplicada en personajes simpáticos en las "comedias agradables", o en las "comedias para puritanos", que también las habemos, dicho en el salutífero lenguaje de Bernard Shaw.

Pues la etimología del término del pueblo de los tratadistas de derecho es la *chuzma* húngara, los "peluditos" del vicereynato, las "descamisadas" del peronismo y los "gringos" de Eva Perón. Conociendo en el "compañero Rosa" como tal, la literatura peruana responde a los engranajes de la poesía y la doctrina peruanas bajo el signo de un tratado prosaico, sin duda con más de un estro que trata, con lo que transgresa la especie torresca sublimada en lo pindárico evasivo, por lo mismo que subyace, con presencia multiplicada en personajes simpáticos en los "comedios teatrales" o en las "comedias para poetas", que también las habitan, dicho en el salustiano lenguaje de Retard Shaw.